
Silvia Molina y Vedia*

*CULTURA
Y CREATIVIDAD*

Entre los hallazgos más revolucionarios en los estudios de comunicación de los últimos años, se encuentra un descubrimiento de Edward T. Hall (convalidado por una sólida experimentación) que consiste en la comprobación de que todas las personas (y los diversos grupos humanos) utilizamos un *prelenguaje*¹ culturalmente adquirido, en el momento de interpretar las percepciones de nuestros sentidos, es decir, de seleccionar o desechar señales, ordenarlas y articularlas en un conjunto o sistema significativo al que llamamos “imagen” de la realidad (es, por lo tanto, un conjunto simbólico). Arabes, anglosajones, latinos, japoneses y lapones, perciben —mediante la utilización de este *prelenguaje*— aspectos diferentes de la realidad, porque le atribuyen una importancia muy diversa a sus manifestaciones con base en su propia experiencia cultural.

Este nuevo conocimiento acerca del proceso de comunicación sirve para explicar, en parte, algunos problemas relativos a las relaciones interculturales, a la vez que nos obliga a reconsiderar las teorías de la comunicación bajo una perspectiva inquietante y novedosa: ¿es posible la comunicación? ¿Podemos comunicarnos realmente?

Es evidente que mucho de lo que conocemos como “problemas de la comunicación”, no sólo entre los miembros de culturas diferentes, sino

* Profesora de la FCPyS-UNAM.

¹ El *prelenguaje* cultural al que aludimos, incluye según Hall: a) la relación entre significado y contexto, b) la capacidad humana de crear y emplear extensiones que a su vez repercuten moldeando la vida del hombre y c) las cadenas de acción, los entramados situacionales y el dialecto situacional.

también, por ejemplo, entre médico y paciente, maestros y alumnos o personas con ocupaciones muy variadas, se debe al error de sobreentender que los interlocutores interpretan de la misma forma cada palabra, o sea, que sus imágenes de la realidad son compartidas.

Esto con frecuencia no es así. Sin embargo, y en aparente contradicción con lo expuesto, los seres humanos no podemos dejar de comunicar y comunicarnos. La cuestión es entonces: ¿en qué reside esta posibilidad de comunicación?

Nuestros gestos, la forma de caminar, la expresión del rostro, la ropa que vestimos y los objetos que nos rodean, son elementos comunicativos, que aun cuando lo ignoremos, les dicen a los demás mucho acerca de nosotros mismos. El lenguaje oral o escrito no resulta ni el más frecuente ni el más ostensible recurso comunicativo, sino que, enlazado con muchos otros, configura un sistema complejo cuyas señales articuladas decodificamos constantemente *a partir de nuestra experiencia cultural* (individual y compartida).

En este sentido, la comunicación humana es un proceso complejo que transcurre entre la desigual cantidad de información sobre los objetos que perciben las partes en comunicación aunada a la particularidad de los prelenguajes cultural-perceptuales. En su transcurso, los aspectos homólogos² del lenguaje (escritura, gesto, habla, etcétera), facilitan el entendimiento o la “puesta en común” entre los sujetos involucrados en ella.

En el proceso de comunicación, si llegan a tener mayor relevancia las diferencias en el prelenguaje cultural-perceptual de las partes, se incrementa notablemente la posibilidad de conflicto. Asimismo, ése se reduce en la medida en que existen más elementos de contacto entre los prelenguajes de los interlocutores o sujetos del proceso comunicativo. Es decir, que prelenguajes homólogos o coincidentes facilitan la comunicación.

² Antes de proseguir, quisiera poner en claro aquí, qué es lo que entiendo por “homólogo”, concepto poco desarrollado en el campo de la comunicación. Basándome en la perspectiva de Ludwig Von Bertalanffy en su ensayo “Homología: historia y sentido de un concepto”, y adaptándola al fenómeno de comunicación, considero que la homología consiste en una correspondencia sistémica en la comunicación que puede referirse a: 1) la relación entre las partes correspondientes en dos (o más) sistemas de lenguaje, por ejemplo: los términos que en distintos lenguajes indican el concepto de distancia; 2) la correspondencia entre las partes de un mismo lenguaje o sistema de comunicación, por ejemplo: las nociones de alto y bajo, cerca y lejos, etcétera; 3) el origen común entre dos o más lenguajes o sistemas de comunicación, por ejemplo: el latín como origen de las lenguas romances; 4) cuando un conjunto o subsistema de un lenguaje o sistema de comunicación, corresponde en su globalidad a otro conjunto o subsistema de otro lenguaje o sistema de comunicación, por ejemplo: la escritura de una partitura y la música en que se “traduce” cuando la ejecutan los instrumentos.

La analogía, por el contrario, es un criterio estrictamente funcional: dos términos de distintos lenguajes son análogos si cumplen la misma función, por ejemplo: las palabras similitud, parecido, afinidad, en idioma español.

Otro tanto sucede con la homología en el lenguaje. Si dos personas en interacción designan con una forma igual y conceptualizan de manera aproximadamente igual un fenómeno (un objeto, un sentimiento, un valor, etcétera), existe una probabilidad menor de que ambas entren en conflicto comunicativo, ya que éste se produce cuando, sobre la base de sobreentendidos, operan la tergiversación o la incomunicación (incapacidad o imposibilidad para transmitir las propias percepciones, deseos, ideas, mensajes, etcétera, al otro, aunque involuntariamente se esté dando algún tipo de información).

En consecuencia, los aspectos homólogos del prelenguaje y el lenguaje, son factores de “equilibrio” en las comunicaciones, al disminuir la incidencia de conflictos y aumentar el intercambio, o “puesta en común” de los mensajes entre las partes. Por ellos existe la posibilidad de comunicación (aun cuando ésta es siempre relativa).

Por otro lado, las principales barreras y obstáculos para la comunicación proceden también de la cultura. Al efectuar traducciones de un idioma a otro, es raro que el traductor conozca el universo conceptual que contienen las palabras que aparentemente representan lo mismo: en unos idiomas “casa” es la vivienda-habitación donde se reside con cierta permanencia; en otros, entraña ideas de linaje, religión y casta. La cultura³ no sólo afecta el prelenguaje perceptual, sino que, a través del mismo y de la definición de los universos conceptuales que se derivan de la particular imagen de la realidad, puede oponer complejas barreras a la comunicación.

Las simples analogías y los sobreentendidos, así como la incapacidad para entender las múltiples señales del prelenguaje, pueden dar lugar también a graves discrepancias, cuando —por ejemplo— la imagen de la realidad o su significación es contradictoria para los sujetos involucrados. Esto puede agravarse debido al retardo en la detección de tal contradicción.

El reconocimiento de que en el proceso de comunicación existen percepciones culturalmente diferentes, además de los distintos lenguajes, opuestas para cada sujeto, y la consiguiente búsqueda de los parámetros perceptual-culturales del “otro”, aun cuando no llegue nunca a ser totalmente exitosa, aumenta la probabilidad de reducir el conflicto e incrementa el intercambio, o en otras palabras, la comunicación misma.

En suma, no quiero decir que todo conflicto se resuelva o pueda resolverse en términos de comunicación, sino que la comunicación en sí puede significar un conflicto, que, aunado a las situaciones de poder y

³ El concepto de cultura que estoy manejando consiste en considerarla como toda experiencia, memoria y acto humano destinado a transformar o interpretar la realidad (imágenes y valores incluidos), así como a interactuar con el medio y los otros hombres.

a las desigualdades objetivas de los sistemas y organizaciones humanas, desarrolle un galimatías sin alternativa, un dilema.

Por ello, considero sumamente importante, que tanto a nivel de la psiquiatría (Jurgen Ruesch, Gregory Bateson, Paul Watzlawick) como de la psicología social (Katleen Reardon), se valore como un factor importante de la terapia, la educación y la persuasión, “la perspectiva del otro”, o sea, el sistema de prelenguaje-cultura-lenguaje de cada uno de los sujetos y sus puntos homólogos. Sin embargo, aun cuando reconocemos que existen enormes dificultades (algunas insalvables) para descubrir el prelenguaje-cultura-lenguaje del otro, esto se complica enormemente cuando ese “otro” no es un individuo sino un sujeto colectivo (grupo, institución, Estado).

Ahora bien, la única forma que tenemos para conocer el proceso de comunicación que se produce entre sujetos colectivos, es la observación de su comportamiento cuando se propician o desarrollan tales comunicaciones. Aunque, en principio, parecería que los procesos en los sujetos colectivos humanos dependen en gran medida de la naturaleza y complejidad del sistema que configuran y de los sistemas con que se vinculan.

Aparte de las cuestiones relativas a los pequeños grupos, en las organizaciones sociales más amplias y complejas, se puede constatar que cuando estos sujetos colectivos establecen comunicación entre sí, suele existir como origen de la misma, una condición homóloga, una correspondencia entre sus intereses, objetivos, valores y finalidades. Pero las dificultades para que las condiciones de comunicación prevalezcan son enormes y están referidas, principalmente, a la pluralidad cultural.

Un ejemplo de esto es la organización del grupo de los Países No-Alineados, que surgió en la segunda mitad de este siglo, como respuesta a las presiones de las grandes potencias sobre los países en desarrollo y a la necesidad de éstos de defender sus intereses y cultura desde una posición de fuerza, que mitigara el impacto de las desigualdades de poder que se manifiestan en las relaciones bilaterales. Bajo una circunstancia globalmente homóloga (la dependencia), este grupo de Estados se encontró unido en un proyecto común, pero sin conocer todavía que las diferencias culturales entre ellos podían operar como factores de conflicto interno. El desarrollo de las actividades de los Países No-Alineados, ha puesto de manifiesto más de una vez sus discrepancias, aunque las condiciones que le dieron origen prevalecen y han avanzado considerablemente en su definición política.

Al ser en la práctica imposible, además arbitrario, aislar un sistema social, el estudio del proceso de comunicación se torna progresivamente complicado. El análisis de las interrelaciones entre sistemas sociales,

aunque presupone de todas formas cierta parcialidad, permite hacer algunas observaciones más comprensivas.

Si observamos las interrelaciones entre sistemas sociales, es posible constatar, a nivel histórico, un constante proceso de transformación. Lo que en un micro-estudio pueden parecer conjuntos de flujos comunicativos inconexos o desorganizados, adquiere una significación diferente, siendo factible analizar el envejecimiento de un sistema y su disgregación frente a otro u otros, o las estrategias mediante las cuales logra sobrevivir, fortalecerse, expandirse, extendiendo sus relaciones en un conjunto más comprensivo.

Como la comunicación es inherente a la vida,⁴ al hombre y a todas sus formas de organización, expresa en su perspectiva histórica el ciclo vital. Los diversos sujetos colectivos “nacen,” se desarrollan y “mueren”.

Karl Deutsch señala entre las condiciones de fracaso de un sistema, las siguientes: a) el fracaso del poder y el empleo del poder contra sí mismo; b) la falla o el estrechamiento de la información procedente del exterior, la sobrevaloración de la propia memoria por encima de los sectores actuales de ingreso de la información; c) la declinación o degeneración de la capacidad de conducción o coordinación; d) la pérdida de profundidad de la memoria y la sobrevaloración de las rutinas establecidas para evocar y recombinar datos; e) la pérdida de la capacidad de reordenamiento interno parcial y la capacidad limitada de aprendizaje; f) la pérdida de capacidad para realizar un amplio reordenamiento estructural.

Aunque su modelo de sistema no trata en absoluto las discrepancias culturales que configuran los prelenguajes y la conceptualización o representación simbólica del lenguaje, éstas afectan directamente a cada una de estas condiciones de fracaso.

¿Por qué el poder se vuelve contra sí mismo, sino porque es incapaz de entender las señales de error de su propio sistema? ¿Por qué estrecha o rechaza el campo de la información procedente del exterior, sino porque no “entiende”, no capta, el valor de tal información ni busca la comunicación? ¿Por qué declina o degenera la capacidad de conducción, sino porque en el proceso de diversificación y sobrespecialización del sistema se han desarrollado subculturas y lenguajes específicos que los niveles de mando no saben o no quieren interpretar? ¿Por qué pierde profundidad la memoria, sino porque el sistema no registra lo que no sabe interpretar, o lo hace tergiversando su sentido y acomodándolo según sus intereses? ¿Por qué deja o pierde parte de su capacidad de aprendizaje, sino porque rechaza o no entiende la información proceden-

⁴ Cfr. Molina y Vedia, Silvia, “La comunicación y la vida”, conferencia pronunciada en el Seminario sobre la Comunicación, sus dominios y sus términos. CEC, UNAM, 1986.

te del exterior (de otros sistemas) y se niega a ampliar, reordenar, transformar, su acervo de datos sobre sí mismo? ¿Por qué, en fin, pierde la capacidad para realizar un amplio reordenamiento estructural, sino porque no conoce ni entiende el significado de los mensajes, de la información que sobre sí mismo y su entorno le llega desde el interior y el exterior?

Cuando Frantz Fanon, Albert Memmi, Nelson Mandela o Ho Chi Min hablan de los países colonizadores y la mentalidad del colonizador, todos ellos, cada uno en su lenguaje, coinciden en destacar las razones culturales del fracaso colonial (aun entre otras no menos importantes, como las económicas). Los colonizadores no percibieron en primer lugar los síntomas del conflicto colonial y reprimieron sus signos. Continuando con su política no fueron capaces de ofrecer alternativas de negociación y válvulas de escape para reducir la tensión acumulada: se negaron a negociar. Finalmente, cuando se precipitaron los acontecimientos, tanto en Argelia como en el Congo o Indochina, les fue imposible comprender la perspectiva del colonizado, y con frecuencia se negó la capacidad de este último para tener su propia imagen del mundo, se creyó en cambio que todo provenía de las oscuras maquinaciones de alguna potencia enemiga. El colonialismo estaba liquidado.

Pero si ésta es la perspectiva de “muerte” de un sistema: ¿qué lo hace desarrollarse y trascender? ¿Qué le insufla vida? ¿Cómo logra transformarse cualitativamente en una entidad mayor? A través de la historia, como fundamento empírico existencial y del modelo de la teoría de sistemas, la alternativa de “vida” es la creatividad.

La creatividad que fue definida por Deutsch como “una propiedad de ciertos sistemas complejos, que incluye, tanto a los individuos como a las sociedades y las culturas” consiste en “producir ya mismo una combinación adecuada” e improbable a partir de la lógica y los principios del prelenguaje-cultura-lenguaje (según mis propios estudios del fenómeno). La condición para crear es que la combinación realizada encuentre una homología que se creía inexistente o descubra una analogía capaz de contribuir a la resolución de algún problema.

La cuestión concreta, dada la importancia crucial de este fenómeno y su poco frecuente ocurrencia, reside en conocer: ¿cómo se produce el acto creador? ¿Quiénes son los creadores? ¿Cuándo se crea?

De acuerdo con la teoría desarrollada por Arthur Koestler en su obra *The act of creation*, y el complemento de la misma que encontramos en otras fuentes incluyendo mis propias observaciones, la creación se produce a partir de: a) la ruptura del prelenguaje y de las reglas de juego culturalmente establecidas y reconocidas; b) en consecuencia, la apertura de un nuevo espacio perceptual y asociativo; c) la bisociación, o percep-

ción de una situación o un acontecimiento dentro de dos contextos asociativos diferentes, cuya relación se mantenía oculta porque no respondía a los criterios de selectividad del prelenguaje ni a las leyes y normas del pensamiento prevaleciente; d) la traducción de esta bisociación en algún lenguaje conocido; e) la experimentación de la bisociación, su puesta en práctica, su prueba; f) el reordenamiento de la memoria constituida por el prelenguaje y la cultura, sobre la base del hallazgo. Sin embargo, entre el acto de creación individual y la adopción de la innovación correspondiente a nivel de los sujetos colectivos, transcurre un proceso que no siempre culmina en el éxito, o que lo define en el tiempo, como ha ocurrido en el arte con las obras de Vincent Van Gogh o en la ciencia con las teorías de Galileo o los inventos de Leonardo Da Vinci.

Respecto a cuándo ocurre la creación, tanto la historia de las sociedades como las experiencias individuales, son importante fuente de información para saberlo.

La ruptura del prelenguaje y de las reglas de juego culturalmente establecidas y sostenidas se produce de muchas formas, puede ser resultado de la sorpresa ante algo imprevisto, pero más frecuentemente es el producto de la posición de los individuos o de los grupos frente a los objetos o conjunto que vinculan, y la relación que mantienen con ellos: la posición social, la experiencia de vida, el tipo de actividades que desempeñan y las dificultades para seguir actuando, expresándose, investigando dentro y con los medios existentes. En otras palabras y respondiendo a la pregunta ¿quiénes son los creadores?, la ruptura se produce cuando la ambigüedad de una situación, la incertidumbre o la crisis resultan conflictivas para un conjunto de personas, los creadores, que aun cuando guardan muchas diferencias y sostienen diversidades ideosincráticas incompatibles, son todos ellos dentro de sus sociedades, seres marginales: inconformes, “hipersensibles”, insoportables, obsesivos, excéntricos. Todo ello porque desde un principio, es decir, antes de ser creadores, estaban cuestionando de alguna forma la imagen de la realidad impuesta culturalmente. Esto también se relaciona con los temores al cambio y al rechazo social que muchas veces ocurre, inmediatamente a la creación.

Existe otra forma de romper el prelenguaje, la mal llamada “intuición”, que suele ser el producto de las percepciones desechadas por el sistema de control perceptual, pero que al ser reincidentes, frecuentes, dejan algún tipo de impresión en la memoria, fluyen en las ensoñaciones, en las ilusiones y movidas por el impulso exploratorio (común a todos los seres vivos) son manipuladas como en un juego por la imaginación, hasta que logran por homología, analogía o en una malabarística extrapolación, encajar con series de datos conocidos.

El mismo impulso exploratorio y las tendencias hacia la autorrealiza-

ción, son importantes elementos de motivación de la conducta creadora individual y colectiva. La creación de un nuevo espacio perceptual y asociativo es también el primer encuentro de los creadores con un ámbito, en el que ellos solos existen y donde pueden dar rienda suelta a sus peculiaridades, aspiraciones y expectativas. Aunque desde fuera se les pueda criticar, la situación es tan gratificante y a la vez prometedora, que los sujetos no se detienen en ella sino hasta haber consumado la creación. Desde luego, a medida que se explora este ámbito perceptual se descubre que es más fácil concebirlo en imágenes que en palabras, porque el lenguaje pertenece a la misma cultura que lo mantenía alejado de la memoria, inhibido por el control de las sensaciones perceptuales, por la domesticación. En esto coinciden los más creativos científicos, Alberto Einstein entre ellos.

Pero poco a poco, las palabras inventadas o a las que se les da un nuevo significado permiten la primera traducción de la bisociación a un lenguaje conocido que permite operar sobre ella, experimentar con ella. A medida que la creación se le descubre en sus potencialidades a su autor y a los demás (sujetos individuales o colectivos), provoca la última y más preciosa transformación: la reordenación del prelenguaje, de la memoria y finalmente de la cultura, cuando logra trascender. De alguna manera, la creación inicia una época.

La creación es un producto de la entropía negativa, el resultado de la bisociación de dos sistemas, que es distinto de cada uno de ellos, que los transforma y que es en sí mismo nueva información en muchos niveles. El proceso creador no se produce en la nada o de la nada, existen antecedentes. Muchas veces son las necesidades y el estado de avance de la cultura quienes lo posibilitan, ya que la creación se manifiesta al nivel (o muy próximo al mismo) de complejidad y exigencias propio de las sociedades que la van a usufructuar. Cada nueva síntesis, constata Koestler, conduce a la aparición de nuevos sistemas de relaciones.

Para que la creación se integre de manera permanente a la cultura, tiene que satisfacer diferentes condiciones que son las siguientes: a) ofrecer una solución o expresarse en términos que reflejen en cierto modo los “hábitos, preferencias, creencias y, quizá, las estructuras de personalidad socialmente estandarizada de sus proponentes; b) representar respuestas a los desafíos, necesidades, aspiraciones, de sujetos colectivos o subsistemas dentro de las sociedades; c) las consecuencias de la creación, sus efectos, deben ser aceptables para una cantidad de individuos y grupos, aparte de los proponentes o defensores originales, para que se le pueda aplicar en la práctica y trascienda”.⁵

⁵ Siguiendo en parte la perspectiva y palabras de K. Deutsch.

De todo lo expuesto, se deduce que la alternativa de supervivencia y desarrollo de los sistemas sociales dependen de la creatividad y su descomposición y eventual destrucción, del ritualismo. Entre estos extremos, la cultura cumple una función que puede parecer contradictoria: preserva, integra, cohesiona y también anquilosa, pero a la vez ofrece elementos, problemas y resalta incertidumbres y conflictos, que dan lugar a la creación. La creación es un factor de supervivencia, pero en algunos casos puede traducirse en términos destructivos. El uso bélico de la energía atómica es un ejemplo.

Toda creación entraña destrucción, el juego de los contrarios y el extraordinario comportamiento de las creaciones humanas que operan sobre un extenso margen de autonomía relativa, reducen la potencialidad vital de las creaciones a la imagen de la realidad, egocéntrica y muchas veces despótica, que prevalece en los sistemas sociales que se niegan a comprender la perspectiva de sus congéneres.

La ciencia ha avanzado lo suficiente para destacar este problema. Seguramente en el futuro encontraremos su solución.

Bibliografía

- Gregory Bateson y Jurgen Ruesch, *Comunicación*, España. Ed. Paidós, 1984.
- Karl Deutsch, *Los nervios del gobierno*, Argentina, Ed. Paidós, 1971.
- Frantz Fanon, *Por la revolución africana*, México, FCE, 1973.
- Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1971.
- Edward T. Hall, *La dimensión oculta*, México, Ed. Siglo XXI, 1979.
- Edward T. Hall, *Más allá de la cultura*, España, Ed. Gustavo Gili, 1978.
- Ho Chi Min, *Escritos políticos*, Cuba, Ed. Ciencias Sociales, 1973.
- Arthur Koestler, *The act of creation*, Londres, 1964.
- Arthur Koestler, *Jano*, Madrid, Ed. Debate, 1981.
- Nelson Mandela, *No es fácil el camino a la libertad*, México, Ed. Siglo XXI, 1966.
- Albert Memmi, *Retrato del colonizado*, Argentina, Ed. Flor, 1969.
- Ludwig von Bertalanffy, *Perspectivas en la teoría general de sistemas*, España, Alianza Editorial, 1979.